

pio que las mujeres. Pocos son los hombres que no tengan alguna habilidad de salón, algún medio de ocupar su espíritu ó sus manos, de llenar las horas desocupadas; casi todos riman ó son actores de sociedad; muchos son músicos ó pintores de paisaje; al mismo tiempo que M. de Choiseul tejía tapices, otros bordaban ó hacían lazos. M. de Francueil es un buen violinista y se construye él mismo sus violines; ade-

más de esto «es relojero, arquitecto, tornero, pintor, cerrajero, decorador, cocinero, poeta, compositor y bordador á maravilla, según cuenta Jorge Sand, I, 59.—En esta ociosidad general, necesario es saber ocuparse de una manera grata para los demás y para uno mismo. La señora de Pompadour es música, actriz, pintora y grabadora; la señora Adelaida aprende la relojería y toca todos los instrumentos,



El duque de Gesvres, primer gentil-hombre de cámara

desde la trompeta hasta el birimbao; no muy bien, es cierto, poco más ó menos como la reina, cuya bonita voz no se ajusta sino á medias. Pero no se tienen pretensiones; se trata de divertirse, y nada más; la alegría, la amenidad, lo cubren todo. Léase, sino, este hecho de la señora de Lauzun, en Chanteloup. «¿Sabéis, escribe el abad, que nadie tiene en tal alto grado una cualidad que no le conocíais, la de guisar huevos revueltos? Era este un talento oculto; ella no recuerda la época en que lo adquirió; creo que sería al nacer. La casualidad lo ha descubierto, é inmediatamente lo ha puesto á prueba. Ayer mañana, época para siempre memorable en la historia de los huevos, preparáronse todos los enseres necesarios para esta gran operación; una estufilla, caldo, sal, pimienta, huevos, y hétenos aquí que, al prin-

cipio, la señora de Lauzun se pone á temblar y enrojece; pero luego, con un valor intrépido, casca los huevos, los chafa en la cacerola, los revuelve á derecha é izquierda, arriba y abajo, con una precisión y un éxito del que no hay ejemplo alguno; jamás se comió cosa tan excelente.» ¡Cuántas risitas atentas al rededor de esta sola y pequeña escena! Y, más tarde, ¡qué de madrigales y alusiones! El buen humor se parece, entonces, á un rayo de jugueta luz, revolotea por todas partes y presta su gracia al más insignificante objeto.

V

«Estar siempre alegre, dice el viajero inglés John Andrews en 1785, hé ahí la cualidad de un francés,»

y hace notar que esto es una obligación porque en Francia tal es el tono general de la sociedad y el único medio de agradar á las señoras soberanas de la misma y árbitras del buen gusto. Añádase la carencia de las causas que producen la tristeza moderna poniendo sobre nuestras cabezas un pesado cielo de plomo. En aquella época no hay trabajo alguno duro y precoz, ninguna encarnizada concu-

rrencia, ninguna carrera indefinida ni infinita perspectiva. Las clases están marcadas, las ambiciones limitadas, la envidia es menor. El hombre no está habitualmente descontento, agriado, preocupado como ahora. Se sufre poco por razón de los desafueros allí donde no hay ya derechos; nosotros sólo pensamos en prosperar; ellos no piensan sino en divertirse. En vez de renegar sobre el calendario, un



CHAISET

oficial inventa un disfraz de baile de máscara, en vez de contar las condenas obtenidas, un magistrado da una buena cena. En París, en la avenida situada á la izquierda del palacio Real, todas las tardes «se reuné la buena sociedad lujosamente ataviada, bajo los árboles;» por la noche, «al salir de la Opera, á las ocho y media, vuelve á reunirse en el mismo sitio y con frecuencia permanece en él hasta las dos de la madrugada.» Allí se da música al aire libre, á la luz de la luna; Garat canta y el caballero de Saint-Georges toca el violín, como cuenta la señora Vigée-Lebrun. En Monfortaine, el conde de Vandreuil, el poeta Lebrun, el caballero de Coigny tan amable y alegre, Bronguiart y Robert, proponen charadas todas las noches y «se

despiertan para decírselas.» En las casas de Montesquieu, en Maupertuis; del duque de Nivernais, en Saint-Ouen; del mariscal de Noailles, en Sain-Germain; del conde de Vaudreuil, en Genevilliers; del duque de Orleans, en Raincy; del príncipe de Condé, en Chantilly; todo son fiestas. No puede leerse una biografía, ni un documento de provincias, ni un inventario de la época, sin que se oigan sonar los cascabeles del carnaval universal, y pueden consultarse, para la comprobación de este hecho, á Chateaubriand, I, 34, á Jorge Sand, I, 59, 76 y las *Memoirs de Mirabeau*. En Monchoix, en casa del conde de Bédée, tío de Chateaubriand, «se tocaba, se bailaba, se cazaba, se estaba de broma desde la mañana hasta la noche, y se comía su renta y su hacien-

da.» En Aix y en Marsella, en toda la buena sociedad, en casa el conde de Vallbelle, no veo más que conciertos, diversiones, bailes, galanterías, teatros de sociedad con la condesa de Mirabeau haciendo de primera actriz. En Chateauroux, M. Dupin de Francueil mantiene «una banda de músicos, lacayos, cocineros, parásitos, caballos y perros dándole todo á manos llenas al placer y á la beneficencia, queriendo ser feliz y que todos lo fuesen á su alrededor,» sin querer contar y hasta arruinarse de la manera más amable del mundo. Nada sofoca esta alegría; ni la edad, ni el destierro, ni la desgracia; duraba todavía en 1793 en las cárceles de la República. Un funcionario público no está en aquella época embarazado por su traje, ni atiesado por su empleo, ni obligado á conservar el aire de importancia y dignidad, ni reducido á esa gravedad de mando que la envidia democrática nos impone como una tiranía. En 1753, los parlamentarios á quienes acaba de desterrarse á Bourges, montan tres teatros de sociedad, representan comedias, y uno de ellos, monsieur Dupré de Saint-Maur, muy galante, se bate á espada con su rival. En 1787, como puede verse en la *Historia de Troyes durante la revolución*, obra de Alberto Rabeau, I, 6, cuando todo el Parlamento es relegado á Troyes, el obispo M. de Barral, regresa expresamente de su castillo de Saint-Leye para recibirlo y preside cada tarde una comida de cuarenta cubiertos. «Todo en el pueblo eran fiestas y comidas sin fin; los presidentes tenían mesa puesta;» el consumo de los fondistas triplicó, y quemóse en las cocinas tanta leña que la población llegó á carecer de ella. En tiempo ordinario las francachelas y el gozo no son mucho menores. Un parlamentario debe, lo mismo que un caballero, hacer honor á su fortuna. Véase en las cartas del presidente de Brosse, la sociedad de Dijon; ella recuerda la abadía de Thelème, luego contemplad la misma población hoy día (1).

Estando Piron temeroso por su *Oda á Priapo*, el presidente Bouhier «hombre de alta y esmerada erudición y el menos infatuado de los sabios,» como dice Sante-Beuve en sus *Nuevos lunes*, VII, 414, mandó comparecer al joven y le dijo: «Sois un imprudente; si se os aprieta demasiado para conocer al autor del delito, diréis que he sido yo.» En 1744, á propósito de la curación del rey, el señor de Montigny, hermano del presidente Bourbonne, convida á cenar á todos los obreros comerciantes y artesanos

(1) Foisset. *Le président de Brosse*. 65, 69, 70, 346.—Lettres du président de Brosse (ed. Coulomb.)

empleados por él en número de 80, con una segunda mesa para los músicos y cómicos, y otra tercera para sus dependientes, secretarios, médicos, cirujanos, procuradores y notarios; el cortejo se agrupa al rededor de un carro de triunfo lleno de pastoras, de pastores y de divinidades campestres en traje de ópera; varias fuentes manan vino «como si fuese agua» y, después de cenar, se tiran todas las confituras por la ventana. Al rededor de éste, tiene su pequeño «Versalles» cada parlamentario, y su «gran casa entre patio y jardín.» La población, ahora silenciosa, retumbaba todo el día con el ruido de los lujosos trenes. La prodigalidad de las mesas es sorprendente, «no sólo en los días de gala sino también en las cenas de cada semana y casi estoy por decir de cada día.» En medio de todas estas gentes que dan fiestas, el más ilustre de todos, el presidente Brosse, tan grave sobre sus flores de lis, tan intrépido en sus amonestaciones, tan laborioso (pues según Foisset daba seis audiencias por semana y muchas veces dos al día sin tener en cuenta sus trabajos de anticuario, historiador, lingüista, geógrafo, editor y académico), tan erudito, es un maravilloso gallo, un verdadero Galo, de un humor é imaginación resplandecientes, é inagotable en salados chistes; delante de sus amigos se quita la peluca, la toga y hasta algo más. Nadie piensa en escandalizarse por ello; nadie imagina que un traje deba ser un apaga-luces, y esto es exacto de todos los uniformes y principalmente de la toga. «Cuando entré en el mundo en 1785, escribe un parlamentario (el señor X, en sus *Recuerdos manuscritos*), se me presentaba, hasta cierto punto de igual manera á las esposas y á las queridas de los amigos de mi familia, pasando la velada del lunes en casa de la una y la del martes en la de la otra. ¡Y no tenía más que diez y ocho años! ¡Y yo pertenecía á una familia de la magistratura!» En Basville, en casa de Lamoignon durante las vacaciones de Pentecostés y de otoño, hay diariamente treinta personas en la mesa; se caza tres ó cuatro días de la semana y los magistrados más ilustres, el señor de Lamoignon, el de Pasquier, el de Rosambo y el de Aguesseau con su esposa representan el *Barbero de Sevilla*, en el teatro del castillo.

Por lo que hace al manteo tiene las mismas libertades que la toga. En Saverne, en Chairvaux, en Mans y en otras partes, los prelados lo llevan con tanta elegancia como un traje de corte. Para pegárselo al cuerpo se necesitó la tormenta revolucionaria, luego la vigilancia hostil de un partido organizado y la amenaza de un peligro continuo. Hasta

1789, el cielo estaba harto bello y el aire era sobrado tibio para que uno se resignase á abrocharse hasta el cuello. «Libertad, facilidad, señor abate, decía á su secretario el cardenal de Rohan, según los *Recuerdos*, 60 de Valfons, sin eso convertiríamos esto en un desierto.» Que es de lo que el buen cardenal se habría guardado mucho; antes por el contrario, había hecho de Saverne un mundo encantado con arreglo al modelo de Wateau, casi «un embarque para Citera.» Seiscientos labriegos y los guardas alineados en fila, formaban por la mañana una cadena de una legua de longitud y batían el campo de las cercanías; mientras tanto, los cazadores hombres ó mujeres apostados «por temor de que las señoras tengan miedo estando solas, se las deja siempre al hombre que prefieren para tranquilizarlas,» y como estaba prohibido que nadie dejara su puesto hasta que se daba la señal para ello, «se hacía imposible toda sorpresa.» Hacia la una de la tarde, «los cazadores se reunían bajo una hermosa tienda, á la orilla de un riachuelo ó en algún otro punto delicioso; se servía una comida exquisita, y como convenía que todos fuesen dichosos, cada labriego recibía una libra de carne, dos de pan y media botella de vino, y no deseaba otra cosa que la de volver á empezar, lo mismo que las señoras.» Verdaderamente, á la gente escrupulosa, el obsequioso prelado le hubiera dicho con Voltaire «que nunca hay mal en buena compañía.» Y en efecto, lo decía, y lo decía en términos expresivos. Cierta día, habiendo ido allí de visita una señora acompañada por un joven oficial, y habiéndole hecho quedar á dormir, su camarero «fué á prevenirle en voz baja que ya no había sitio.—¿Acaso está llena la sala de baño?—No, monseñor.—¿No hay en ella dos camas?—Sí, monseñor, pero están en la misma pieza, y este oficial....—¿Y que no han venido juntos? La gente de cortos alcances como tú, ven el mal en todas partes. Ya verás cómo se compondrán; no hay que pensar más en ello.» Y efectivamente, parece que nadie lo pensó, ni el oficial ni la señora. En Granselve, en el Gard, según refiere en su *Historia de Francia*, II, 246, un testigo ocular, Montgaillard, los Bernardinos son aún más hospitalarios; allá acuden desde quince ó veinte leguas durante la fiesta de San Bernardo que dura quince días; durante todos ellos, se baila, se caza, se representan comedias, «las mesas están constantemente servidas.» El departamento de las señoras está provisto de todo lo necesario al tocador; nada les falta, y hasta se dice que ninguna de ellas necesita llevarse su oficial. Citaré veinte prelados no menos galantes, el segundo car-

denal de Rohan, el héroe del collar; el señor de Jarente, obispo de Orleans; el joven M. de Grimaldi, obispo de Mans; M. de Breteuil, obispo de Montauban; M. de Cicé, arzobispo de Burdeos; el cardenal de Montmorency, limosnero mayor; M. de Talleyrand, obispo de Autun; M. de Conzié, obispo de Arras; de quien se cuenta que sorprendido por un oficial de guardias rival suyo á las cuatro de la madrugada, le dijo: «Nada de ruido, se me va á traer un traje igual al vuestro, me haré poner una coleta y seremos iguales.» Un camarero le trae su traje de guerra y de aventuras, baja al jardín del palacio, se bate con él; el oficial lo desarma. Pero sobre todos y en primera línea debemos citar al abad de Saint-Germain-des-Prés, conde de Clermont, príncipe real que gozando de 370.000 libras de renta halla modo de arruinarse dos veces, representa comedias en su casa, tanto en la ciudad como en el campo, escribe á Collé en estilo chocarrero, y en su casa abacial de Berny instala á la bailarina señorita Leduc para que haga los honores de su mesa. No hay hipocresía alguna; en casa del señor Trudaine cuatro obispos asisten como espectadores á la representación de una pieza de Collé, titulada *Los accidentes ó los abates*; y cuyo fondo, dice el mismo Collé, es tan libre que no se atrevió á mandarla imprimir con las demás.

Un poco más tarde, Beaumarchais, leyendo en casa la mariscalca de Richelieu su *Casamiento de Figaro* sin espurgar, mucho más licencioso y desnudo que ahora, tiene por oyentes obispos y arzobispos, los cuales dice el autor, «después de haberse divertido grandemente con él, me hicieron el honor de asegurarme que harían público que no había ni una sola palabra que pudiese ofender las buenas costumbres.» Así puede verse en el *Beaumarchais y su época*, de Loménie, y así fué como se permitió la publicación de esta pieza contra las razones de Estado, contra la voluntad del rey, merced á la complicidad de todos y hasta de los más interesados en prohibirla. «Hay algo más loco que mi pieza, decía su mismo autor, y es su éxito.» La tentación era sobrado fuerte; gentes entregadas al placer no podían renunciar al de la comedia más divertida del siglo; fueron á aplaudir su propia crítica, mejor aún la representación por sí misma. Cuando un gusto impera, lo mismo que una gran pasión, conduce á extremos que son locuras; necesita á todo precio el goce ofrecido. Ante la satisfacción del momento, es como un niño ante la fruta, y nada le detiene, ni el peligro, porque lo olvida, ni las conveniencias por que él las establece.